

VIII.

A la desagradable escena que dejamos referida en nuestro capítulo anterior, siguieron otras, si nó desagradables, sí ridículas.

Al darse por terminadas las relaciones amorosas entre dos jóvenes, hay en México, y no sabemos si así se acostumbra en todos los pueblos *civilizados*, que devolver cuantos objetos recibió un amante del otro; libros, flores secas, cartas, retratos, el rizo de la joven cortado en momentos de entusiasmo, y cuanto pudiera recordar aquellos días en que todas eran protestas de amor infinito y eterno. Mas de una vez, lector ó lectora, habrás enviado un *bulto* de esos, no por conducto

del *Express mexicano*, sino con una criada ó alguna amiga de confianza. Yo, para mí, creo que esa costumbre solo puede ser aceptada por las personas que se respetan nada mas que por ser ineludible; pero que repugna á todo corazon bien formado, es un hecho.

Cuando se han amado tierna y dulcemente dos corazones, hay algo muy triste, algo doloroso en borrar hasta el último recuerdo *material* que se conservaba de esas horas de suprema dicha en que tanto se sueña, y nos parece imposible que lleguen á romperse los lazos con que el dios ciego nos llegó á unir en mejores días. Al abrir la caja en que se depositan flores y cartas, se exhala un perfume suavísimo que llega hasta lo mas íntimo y profundo de nuestro corazon, y se despierta en nuestro cerebro todo un mundo de melancólicos recuerdos.

Aquellos pensamientos grabados por la mano de la mujer que nos amara un día, fueron engendrados por nuestro cariño, son hijos nuestros, puede decirse, y sin embargo,

tenemos que abandonarlos como abandonamos á ajenas manos el cadáver de un sér querido para nosotros. Sin embargo, no hay muchas almas que sientan así, y personas conozco que se divierten mucho cada vez que tienen necesidad de hacer el *cambio* de las prendas del cariño.....

— Noto que me divago. Volvamos á nuestros personajes.

Lorenzo recibió los objetos que en los días de sus relaciones regaló á Luisa, y ésta sus cartas y todo lo que se acostumbra en tales casos. No habia ya, en el concepto de la sociedad, lazo alguno entre aquellos jóvenes.

Luisa, como lo saben nuestros lectores, no habia amado á Lorenzo con ese amor que avasalla, sino que habia seguido las sugerencias de su mamá; por eso, puedo asegurar que sufría poco al encontrarse sin novio. Su amor propio habia recibido una herida, es verdad; pero las mujeres tienen la felicidad de olvidar pronto.

Lorenzo..... ¿para qué detenernos en

expresar su situacion, cuando la oracion fúnebre que pronunció ante el cadáver de aquel amor fué: “*¡Me he salvado!*”

En cuanto á doña Carmen, no pudo disimular el profundo disgusto que le causó el mal éxito de la entrevista entre su marido y Lorenzo. Si yo hubiera sido, pensaba doña Carmen, habria manejado este asunto con mayor tino, y habriamos alcanzado un éxito brillante; pero ya el mal no tiene remedio, y preciso es no perder el tiempo. Continuaré mi tarea; Luisa es bella y se casará bien.

Doña Carmen no comprendia que el mayor obstáculo que para la facilidad de su hija existia, era ella que todo lo reducía al cálculo.

Don Gordiano estuvo bien informado de todo y redobló sus esfuerzos. La criada alcanzó muy buenas gratificaciones y le sirvió con empeño.

Tres dias no mas habian pasado despues de aquel en que Luisa envió á Lorenzo los *documentos justificativos* de sus terminadas relaciones, cuando fué llamada por sus pa-

dres para tener una conferencia, que por ser interesante referiré á mis lectores.

Como siempre, doña Cármen era quien se interesaba mas directamente en el asunto.

—Has visto, Luisa, comenzó la presunta suegra del tocinero, que en cuantos amores has tenido, te ha tocado algun jóven insustancial, incapaz de hacerte feliz casándose contigo. La juventud del dia es, en verdad, poco ó nada afecta al matrimonio, y se necesita por lo mismo que los padres de familia intervengan directamente en estos negocios, para lograr establecer á sus hijas. Afortunadamente para nosotros, tú eres buena y sigues nuestros consejos. De otra manera, te verias confundida entre esa multitud de jóvenes que mudan de amantes todos los dias, porque ninguno de ellos habla formalmente de casarse. La mujer no puede vivir sino á la sombra y bajo el amparo del hombre; es como aquellas plantas que necesitan enlazarse al tronco de un árbol fuerte para no arrastrarse por el suelo. Como á nosotros no se nos oculta esto, hemos procura-

do siempre la mejor manera de asegurar tu porvenir.....

—Podemos morir nosotros, interrumpió don Vicente, que estaba aleccionado ya por su mujer, y te verias reducida á la mas triste condicion, sin hermanos, y sin parientes ricos que pudieran recogerte despues de nuestros dias.

Para una jóven, aquel lenguaje era casi aterrador, y Luisa no se daba cuenta de lo que significaba en aquella ocasion.

—Pues bien, continuó doña Cármen, el señor don Gordiano Mantecon, rico propietario, ha solicitado ayer tu mano, y nosotros creemos que no debes dejar de aceptar este enlace.....

—Pero yo no amo al señor Mantecon, á quien apenas conozco de vista.....

—¡Amor! repuso indignada doña Cármen, ¡amor! ¿quién te ha dicho que la base del matrimonio es el amor? Palabrería de los poetas y novelistas; disparates de la juventud, y disparates que causan muchos males á los que llegan á tomarlos por lo sério. Nunca el

amor ha producido las fortunas, y sin dinero no puede haber familia ni cosa alguna.

—¿Y cuando te casaste, preguntò Luisa, era papá rico propietario como el señor Mantecon? ¿No le amabas?

—No se trata de nosotros ahora, sino de tí; una falta ajena no debe justificar la propia, contestò doña Cármen, que ya esperaba aquella natural y justa observacion.

—Casándote con el señor don Gordiano, no solo alcanzarás cuanto á tu edad necesita una jóven para brillar en la sociedad, sino que tambien nosotros, tus padres, mejoraremos de condicion. Dejaré yo de experimentar tantas angustias cada vez que sufren interrupcion los pagos de la Tesorería y trabajaré para cubrir las apariencias y no por necesidad.

—Si de eso se trata, dijo Luisa, visiblemente contrariada ante la conducta de sus padres que pretendian sacrificarla en aras del interés mas mezquino,—si de eso se trata, entonces me parece inútil haber querido oirme. Hubieran vdes. resuelto desde el ins-

tante en que el señor Mantecon les habló, lo que creen necesario é indispensable.

—No habriamos hecho mas que cumplir nuestro deber si así nos hubiésemos conducido, repuso doña Cármen; pero creíamos que tú nos complacerias escuchando la voz de la razon, y preferimos que tú misma nos pidieses que concediéramos tu mano á un hombre honrado y digno como lo es el señor don Gordiano.

—¡Mantecon! agregó Luisa con acento de marcado desprecio.

—La cuestion de apellidos nada significa.

—Me llamarán la esposa del tocinero; se burlarán mis amigas de mí, y todo el mundo se mofará del contraste que hay entre ese señor Mantecon y Lorezo.

—No lo creas, contestó doña Cármen procurando endulzar su voz; tus amigas aplaudirán esa vida, si, como es seguro, el señor don Gordiano te pone una casa lujosa y un carruaje rico para ir al Paseo. La sociedad se burla de las que por seguir los consejos de una pasion tonta, se sacrifican y se redu-

cen á una condicion miserable. Medítalo bien, mayores consideraciones te guardarán si te casas con don Gordiano; y Lorenzo, que tan indignamente se ha portado contigo, verá que no era él quien únicamente podía brindarte una buena posicion social. Me extraña sobremanera que hoy le ames, cuando te ha burlado.

—Esta conversacion se prolonga demasiado, dijo don Vicente; preciso es que nos digas lo que en último caso debemos esperar de tí.

—Pero antes, añadió doña Cármen, reflexiona que si nos obligas á hacer lo que juzgamos necesario, amargarás los dias de nuestra existencia y no podremos perdonarte nunca, que hubieses sido una mala hija.....

Habia tal resolucion pintada en el semblante de doña Cármen; pronunció aquellas palabras con voz tan solemne, que Luisa, la pobre jóven á quien hasta aquel dia no habian dejado seguir los impulsos de su corazon, exclamó llorando:

—Pues bien, podeis hacer lo que deseais;

pero nunca oireis de mis lábios otra cosa. No exhalaré una queja, cumpliré vuestros mandatos, porque prefiero morirme á provocar vuestro enojo.

—Esas lágrimas, Luisa, indican..... dijo don Vicente, que ya se estaba enterneciendo; mas doña Cármen comprendió que era preciso no perder la oportunidad aquella y no dejó terminar la frase.

.....  
En la noche de ese mismo dia, el tocintero don Gordiano hizo la primera visita á Luisa.

Tenia dinero..... ¿necesitaremos decir que fué tratado como se trata en nuestra sociedad á todo aquel que puede realizar un plan dictado por el sórdido interés?

canzar marido, quien quiera que este sea, para trasponer con ella los umbrales de un nuevo hogar sin haber procurado antes conquistar su estimacion y su amor. Dos personas hasta ayer indiferentes, moran hoy bajo un mismo techo y se ven obligados á complacerse en todo y á guardarse toda clase de consideraciones sin las cuales no se concibe la familia. Y cuando vemos que á cada paso se anubla el cielo de los esposos mas enamorados, por mas que esas nubes se desvanecen pronto al rumor de un beso ó de una caricia, ¿què no sucederá cuando sin otra base mas que la del oro, se eleva ese templo que en todo debe ser armonía, en que cada accion puede amargar las horas si no está dirigida á procurar la paz y la felicidad?

• Casar así á una jóven es venderla, confundirla entre el número de aquellas desgraciadas que adoptan la carrera del vicio por necesidad, por miseria, y acaban por encontrar placer en lo que causa su deshonra. ¿Qué extraño, pues, que tan frecuentemente oigamos referir esas faltas que censuramos

IX.

Creer los que se casan como el señor Mantecon, que no necesitan para fundar una familia otra cosa mas que el dinero con que pueden satisfacerse las necesidades de la vida y hasta las caprichosas exigencias de las mujeres.

Olvidan, ó no saben que sobre las necesidades de la vida material, hay algo que no se compra sino que se adquiere por derecho de conquista, ese algo, es el cariño, es el amor que identifica dos séres y funde en una dos existencias.

Se necesita, en verdad, creer que el único móvil de las acciones de la mujer es el al-

las mas veces sin detenernos á axaminar las causas que las produjeron?

Inspíranme estas reflexiones los sucesos de que voy á dar cuenta en este capítulo.

Tan pronto como don Gordiano obtuvo de la familia de Luisa la contestacion que á nombre de la jóven le dieron, anunció á ésta que tenia ya arreglados todos sus negocios para que en el breve término de un mes quedasen unidos por la Iglesia y el Estado.

De esa manera declaró á Luisa don Gordiano su amor, alcanzando, como merecia, esta respuesta:

—Estoy resuelta á no contrariar la voluntad de mis padres; ellos han concedido á vd. mi mano y yo no tengo que decir mas sino que vd., de acuerdo con ellos, puedè disponerlo todo para cuando lo crean conveniente.

Una persona mas cuerda que el Sr. Mantecón, ó cuando menos algo conocedora del corazon humano, habria en aquel momento esforzándose en atraerse la voluntad de aquella jóven; pero aquel hombre no lo pensó así y se retiró satisfecho. ¿Cuándo esa nécia

presuncion que infunde la riqueza á las almas vulgares, puede inspirar un paso conveniente?

Luisa pasó un dia verdaderamente triste. Aquel enlace no podia halagar su vanidad femenil; el carácter del hombre á quien iba á unirse no podia corresponder al suyo; su educacion era bien distinta; no habia, en fin, nada que pudiese significar que Luisa iba á ser feliz.

Entregada á esas amargas reflexiones, derramando no menos amargo llanto, se encontraba, cuando se presentó en la habitacion una de las amigas mas íntimas de Luisa.

—Querida Lola, exclamó al verla; llegas en un momento supremo; tus palabras tal vez calmen la ansiedad de mi corazon.

—¿Por qué lloras, Luisa? ¿qué desgracia te affige cuando tu mamá me ha recibido placentera, diciéndome que ibas á comunicarme una noticia muy grata?

—¡Ah! repuso Luisa, la alegría de mamá ha sido comprada con mis lágrimas. ¿Quié-

res saber cuál es esa noticia? Pues escúchame:

Rotas, como sabes, mis relaciones con Lorenzo á causa de las exigencias de mi familia, presentóse á solicitar mi mano el señor Mantecon, aquel viejo tocinero de quien tanto nos hemos reído al verle haciéndome el oso; y, asómbrate, Lola, voy á casarme con ese ridículo personaje porque mis padres así lo quieren. ¿No es este un motivo para llorar, y llorar hasta que se agoten las lágrimas de mis ojos?

—¿Y es esta la fausta nueva que tu mamá me indicó?

—La misma, Lola, la misma.....

—No sabes, Luisa, cuán doloroso es para mí ver que te has resignado á ese sacrificio. ¡Casarte con un hombre sin educacion; con un hombre tan vulgar! Pero eso no es posible; tú debes oponerte á la resolucion de tus padres, puesto que es contraria á tu voluntad; tú.....

—Seria inútil todo esfuerzo.

—Entonces, Luisa, si eres tan débil, si nó

tienes la energía que en estos casos se requiere, eres digna de tu suerte. Cásate, y cástate en los momentos en que *Enrique*, tu primer amor, te dice por mi conducto que puesto que eres ya libre, y debes estar desengañada de lo que son los ricos, él, aunque modesto, puede brindarte un porvenir de amor y de ventura.

—Es tarde, Lola; conociendo como conozco el firme propósito de mis padres, no debo ni por un momento hacer concebir esperanzas que no podrian realizarse nunca.

—Reflexiona, Luisa, que Enrique te adora con toda su alma. No podrá ofrecerte una posicion brillante, pero sí digna de tí. Su situacion actual es mucho mejor de la que guardaba en los dias en que tanto se amaron vdes.

.....  
¿A qué continuar? Bástenos decir que Luisa con pesar profundo, hizo comprender á su amiga que el sacrificio tenia que consumarse.

Como deben comprender nuestros lecto-

CAPILLA ALFONSIÑA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

res, el recuerdo del primer amor despertóse en Luisa para agravar sus penas.

¡Recordar! nada hay mas triste que comparar con nuestro pesar presente, la dicha disfrutada en dias mejores.

Dicen que es muy dulce el recuerdo; para mí es el mayor de los tormentos.

Dichosos los que saben olvidar porque no tienen nunca que vengarse.....

Luisa, al encontrarse otra vez sola, al verse, puede decirse, á la puerta del templo en que iba á enlazarse con un hombre á quien no amaba, sino que le era repugnante, pensó en lo dichosa que hubiera sido al lado del jóven que hizo con sus palabras latir su corazón.

Rara vez deja de operarse en los séres una reaccion, en los momentos de una crisis como esta porque atravesaba la heroina de nuestra historia. La jóven que no se sentia fuerte para oponerse á la voluntad de sus padres, la jóven que hasta aquel dia conservó puro y sin mancha su pensamiento, concibió una idea sombría, criminal, y fortalecida por

ella, enjugó sus lágrimas e irguió la frente, y se dijo á sí misma:

—“Puesto que así lo quieren, será; pero yo tambien haré mi voluntad.”

Despues..... sus padres volvieron á verla sonriente, placentera, como en los dias en que no le habian dicho una palabra acerca de las pretensiones del tocinero. Ignoraban aquellos desgraciados que la aparente alegría de Luisa ocultaba algo que no puede ser conocido sino por los que han estudiado el corazón humano y saben que este se inclina al mal, precipitado las mas veces por la fuerza de un destino cruel.

Enrique no quiso dar crédito á las palabras de Lola, y volvió á su antigua costumbre de *hacer el oso* á Luisa.

Durante aquel mes no faltó un solo dia á las horas en que Luisa salia á su balcon. Esta le miraba con cierta dulzura melancólica, y el apasionado jóven se forjaba un mundo de hermosas y brillantes ilusiones.

Pero una tarde, al pasar frente á la casa de la mujer que amaba, notó que habia una

fiesta, y como aquella reunion le pareció extraña á las costumbres de la familia de Luisa, procuró inquirir lo que sucedia.

Afortunadamente para él; Lola salió al balcon, le vió, desapareció por un momento, y á poco le hizo una seña para que se aproximase.

En un diminuto papel envuelto en su pañuelo, que dejó caer al pasar Enrique por debajo del balcon, le dijo estas breves palabras:

“Debe vd. retirarse; Luisa es ya la esposa del señor Mantecon.”

Lo que Enrique sintió se comprende, pero no es fácil expresarlo.

Pasó una noche cruel, espantosa.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y se dirigió á la Alameda.

¿Qué fué lo que allí pensó, cuando al retirarse dos horas despues aparecia resignado y tranquilo?

X.

¡Pobre Luisa! Nada hay mas dulce, mas halagador en la vida del hombre, que esa época conocida con el nombre de *la luna de miel*. Dos almas enamoradas cuya sola ambicion, cuyo sueño mas hermoso era unirse para siempre, identificarse, morar bajo un mismo techo, entregarse á las expansiones anheladas durante largo tiempo, realizan al fin esas esperanzas que forman el encanto de la juventud, y dulce y serena transcurre entonces la existencia antes combatida por la duda, por el temor ó por los celos. De ese hogar en que todas son caricias, en que brilla el astro de la alegría, parece que se ele-

DOCE LEYENDAS.—35